

¿Hizo una buena cura el Doctor? Pues á su salud!—y empinó su copa.

—A la salud del Doctor—gritaron todos, imitando el movimiento del Escribano.

Cuando los parroquianos de la Espigada dejaron la taberna, Ludovico siguió al Doctor y al Zurdo hasta la puerta de la casa del señor Gonzaga, y se dirigió despues á su posada pensando en que muy pronto volveria á ver á Mário.

XXIII.

Un hombre sospechoso.

Al dia siguiente se hallaba el señor Gonzaga, muy de mañana, grandemente entretenido con el niño Mário y tan encantado al ver que comprendia lo que le hablaba y que repetia una que otra palabra de las que le dirijia, como pudiera estarlo el padre mas cariñoso al escuchar la primera voz articulada por su mayorazgo á los pocos meses de edad, cuando llamaron discretamente á la puerta de su habitacion.

El abuelo de Mário hizo un gesto de impaciencia y continuó divirtiéndose con el niño, sin dar otra muestra de que habia oido llamar.

La persona que deseaba entrar repitió sus discretos golpes, y entónces el señor Gonzaga bajó delicadamente al niño de sus rodillas, y se dirigió á la puerta que abrió.

El Zurdo estaba delante de él.

Paco, en aquel momento, no era el hombre de fisonomía repugnante y airada que vimos en la iglesia de la Misericordia

ni tampoco el parroquiano regañon y exigente de la taberna de la Espigada. Era el servidor respetuoso y atento, que con el sombrero en la mano, la cabeza ligeramente inclinada, parecia aguardar que le dieran permiso de despegar sus labios.

Cualquiera que le hubiera examinado con un poco de atencion habria notado fácilmente que algo le preocupaba.

El niño, al verle, corrió á él y le abrazó las rodillas.

—Que hay?—preguntó secamente el señor Gonzaga.

—Una gran desgracia, señor.

—¡Una gran desgracia dices! habla, por Dios santo.

—La señora Marietta ha muerto.

El anciano sintió flaquear sus piernas, y un calofrio recorrió todo su cuerpo.

—¡Muerta!—murmuró dejando caer sus manos juntas, con aire de desaliento.

Mário, sin comprender de lo que se trataba, pero espantado al ver la angustia que manifestaba el señor Gonzaga, rompió á llorar.

El Zurdo contemplaba al buen anciano tristemente y no se atrevia á pronunciar una sola palabra.

—Muerta!—repitió despues de algunos instantes el señor Gonzaga—¿Y mi hijo?

—Nada sé de él, señor; la persona que me dió tan mala noticia nada sabe respecto del señor don Fernando.

—¿Quién es esa persona? Deseo verla.

—Es un hombre que viene de Italia á reclamar al niño á nombre de la muerta. No sé donde habita, pero estoy seguro que concurrirá á cierto lugar esta noche.

—Te repito que quiero verle.

—Será el señor servido—contestó humildemente Paco—y si gusta, esta misma noche traeré á ese hombre.

—Tú..... Imposible; vas á partir inmediatamente para Italia. Miétras escribo una carta al cónsul de España en Pésaro

prepara tu viaje y avisa en ese lugar adonde debe concurrir el italiano que le digan venga acá inmediatamente.

Paco salió en el acto á cumplir las órdenes del señor Gonzaga.

El anciano tomó al niño en sus brazos, le besó las mejillas y le dijo con amargura:

—Llora, hijo, llora; que no hay lágrimas bastantes en los ojos para lamentar una pérdida cual la que te han hecho sufrir.

Y se dirigió con él al escritorio.

Miétras el señor Gonzaga escribia su carta al cónsul de España en Pésaro pidiéndole con encarecimiento averiguara el paradero de Fernando y le dijera cuanto supiese, Paco se dirigió en primer lugar al muelle con el objeto de averiguar si habia alguna embarcacion pronta á darse á la vela para algun puerto de Italia, y supo que dentro de algunas horas podia marcharse. Fué en seguida á la taberna, donde encargó á la Espigada dijera á Ludovico que en la casa del señor Gonzaga sabia, preguntando por el gefe de ella, cuanto le importaba saber respecto de Mário; tomó de paso una copa, y volvió á su habitacion á preparar su equipaje.

El padre de Fernando le dió una bolsa bien repleta; le entregó la carta para el cónsul, y encargándole escribiese cuanto ántes lo que supiera sobre la suerte del seductor de Marietta, le mandó partir, no sin haberse informado ántes con sumo interes si habia dejado las señas de la casa para el italiano y recomendado que le enviasen.

Ludovico, á quien tantos deseos tenia de ver y hablar el señor Gonzaga, no estaba ménos ansioso de entrar á la casa del anciano para averiguar el paradero del niño.

Desde muy temprano rondaba la calle observando qué clase de personas entraban y salian en la casa adonde habia dejado la noche anterior al Doctor y al Zurdo. Cuando este salió, Ludovico se ocultó al punto temiendo que le sorprendiera en ple-

no delito de espionaje. Todo el día pasó en observacion, y al caer la tarde se determinó á entrar á la casa y preguntar al portero sobre las personas que vivian en ella; pero este, que era un moceton natural de Camprero, cerca de Oviedo, con unas melenas hasta el cuello, barbas de puerco espin y dientes salteados, le contestó gruñendo y echándole bonitamente á la calle.

El fiel cerbero no dejó de dar aviso al señor Gonzaga de que un hombre sospechoso habia tratado de tomar informes respecto de los que habitaban en la casa, y dirigido miradas investigadoras á todos los departamentos miéntras le hablaba.

El señor Gonzaga encogió los hombros al oír la relacion de su portero.

—¿Qué hago con él si vuelve, amo?

—No dejarle entrar contestó maquinalmente el señor Gonzaga—sin sospechar que aquel hombre era el que tanto deseaba ver.

Cuando Ludovico fué por la noche á la taberna del "Padre Noé" resuelto á hacer cuanto estuviera de su parte para arrancar al Zurdo el secreto del paradero de Mário, la Espigada le recibió dándole el recado de Paco.

Inmediatamente corrió en direccion de la casa del señor Gonzaga; llamó, insistió para entrar; dijo que iba en busca de amo y llamado por él; todo fué inútil; el portero se atuvo á su consigna, y el hombre sospechoso no entró á la casa donde hubiera podido abrazar á Mário y dar al padre de Fernando pormenores sobre la horrible muerte de Marietta y acerca de la catástrofe que convirtió en negras ruinas la bella casa de molino.

XXIV.

¡Seis millones de reales!

Pocos momentos despues de haber salido Ludovico de la taberna del "Padre Noé," los parroquianos de la Espigada que ya conocemos, y algunos otros del mismo jaez que habian llegado sucesivamente, se hallaban instalados frente á la mesa bebiendo á cual mas y mejor.

Faltaban, como es de suponerse, el Doctor y el Zurdo.

El asunto que habia llevado á aquellos hombres á casa de la Espigada debia ser muy sério y reservado, á juzgar por el aire de misterio con que el Cura, despues de haberse cerciorado de que estaban reunidos todos, dirigió á la tabernera las siguientes palabras:

—Atranca y echa la llave, Espigada, y ni á Cristo padre le abras.

—¿Me toman ustedes por entero?

—Claro.